

El 5 de Abril de 1690 los indios infieles, acompañados de algunos apóstatas Taraumares, acometieron de pronto a la cristiandad que habían formado los jesuitas de Yepomera. Cuidaba de aquellos cristianos el P. Juan Ortiz de Foronda en compañía del P. Manuel Sánchez. Hallábase el P. Foronda en una pobre choza, del pueblecito Nahuasachi, cuando de pronto sintió los alaridos de una turba numerosísima de indios salvajes. Estos empezaron a disparar flechas y poner fuego a la choza. Salió el misionero y empezó a exhortarles con palabras cariñosas, pero la turba de indios respondió con una nube de flechas que atravesaron al siervo de Dios y le dejaron muerto a la puerta de su humilde morada (1). El mismo día el P. Manuel Sánchez, que volvía de cierta excursión con el capitán Manuel Clavero, fué rodeado por los indios y sacrificado inhumanamente como su compañero. Este martirio excitó en Méjico no pocas murmuraciones contra la misión del P. Kino. Dijose que los asesinos eran de la Pimeria y que sería inútil todo el trabajo que se pusiera en reducir a indios tan salvajes.

En estas calumnias había una segunda intención que nos declara bastante bien el P. Venegas en la historia que escribió poco después de la California. Enumerando los trabajos del P. Kino, dice estas palabras: «Los trabajos de este apostólico varón con los bárbaros indios fueron los menores. Mayores fueron los que sufrió de algunos españoles, contra cuyas violencias fué muro impenetrable a favor de sus hijos espirituales. Detuvieron el curso de sus evangélicas empresas y lograron que no fuesen ayudadas con nuevos obreros aquellos que tenían interés en que los Pimas pobres y sosegados corriesen con crédito de rebeldes, alzados y enemigos, para hacer correrías sobre ellos, despojarlos y forzarlos a servir como esclavos culpados en las haciendas y en las minas... Muchas veces hubo de ver el P. Kino, despedazándose el corazón, que a los que ayer bautizó traídos suavemente de las montañas con mil peligros y doctrinados con mil trabajos, se los arrancaban hoy para sepultarlos en el infierno de una mina, de donde solían no volver más. Fuera de las violencias, se acudía para extraerlos de las misiones al diabólico medio de permitirles en las minas y haciendas los vicios y desórdenes que les

(1) Este hecho se refiere en el *Memorial* del P. Estrada que luego citamos, escrito en 1691, donde se copia una carta del P. Visitador de aquella misión.

impedían y refrenaban los Padres en sus reducciones. Pero a pesar de tantas y tan terribles contradicciones pudo ya el P. Kino entrar el año 1690 en la Pimeria con el P. Salvatierra, visitador entonces de las misiones y hacerles ver los pueblos nuevos que había fundado y las grandes disposiciones para el bautismo de todos los Pimas y de otras naciones más distantes» (1).

4. Mientras los PP. Salvatierra y Kino recorrían los territorios de Sonora, la provincia de Nueva España enviaba a Europa al P. Juan de Estrada, procurador, para que expusiese a nuestro Rey y después a nuestro P. General en Roma, el estado de aquellas fecundas misiones e implorase la caridad de las provincias de Europa, pidiendo operarios evangélicos para tantas almas desvalidas, que esperaban la luz de la fe en aquellos países apartados. Era costumbre de estos procuradores, enviados para pedir socorros espirituales, traer consigo alguna información auténtica sobre los trabajos apostólicos de nuestros Padres, o redactar por lo menos algún memorial, en que se exponían las obras evangélicas emprendidas y las necesidades espirituales y temporales de su provincia de Ultramar. En el caso presente, el Padre Juan de Estrada, enviado como procurador a Roma y a Madrid, imprimió el año 1691 un breve memorial, declarando las misiones que sostenía la provincia de Méjico y los frutos espirituales que se podrían recoger, si desde Europa se suministraban los operarios y las limosnas que para este efecto se requerían. Presentaremos a nuestros lectores la breve idea de nuestras misiones mejicanas, que el P. Estrada resumió en este memorial.

Según nos dice al principio, las gentes y naciones evangelizadas por los jesuitas de Méjico se extienden desde el grado 21 hasta cerca del grado 33 septentrional. Empieza este campo de acción como doscientas leguas al Norte de Méjico, y se dilata hacia Noroeste en un territorio que tendrá poco más o menos 350 leguas de largo y como 40 o 50 de ancho. Descendiendo después a explicar un poco lo que se hace en aquellos países, dice así:

«En la administración espiritual de estas gentes se han quedado los Padres de la provincia de Méjico repartidos en varios partidos y misiones, desde los Tepehuanes y Sierra de Piastla hasta los Sonoras, quedando el principio de estas misiones distante de la ciudad de Méjico doscientas leguas, y el fin (que hoy

(1) *Noticia de la California*, t. II, p. 89.

llega hasta la nación Pima) más de quinientas. En todos estos partidos habitan los Padres con los indios, y en muchos no ven en todo el año un solo español, ni tienen con quién hablar y ejercitar su lengua natural. Hanse quedado los Padres en estas misiones por muchas razones. La primera, por conservar en buenas costumbres de cristiandad a los que formaron en ella. La segunda porque, no pagando obveciones los indios de estas partes, no se hallarán fácilmente otros que se quieran encargar de estas doctrinas, y más con la pobreza e incomodidades que en algunas se padecen, como diré abajo. La tercera y más principal, por ir desde allí haciendo nuevas entradas y conversiones a las gentes vecinas, como lo hacen hasta hoy, porque desde el año 1674, con las limosnas y situados que el Rey N. S. ha sido servido de conceder para nuevas misiones de gentiles, se han reducido y se van reduciendo las naciones siguientes:

»En los Chinipas se han reducido, bautizado y juntado a pueblos los Guazaparis, Temoris, Varoios y Vatopilas, y se han fundado cinco misiones de los recién bautizados, donde asisten cinco Padres, que con apostólico celo permanecen entre aquellos cristianos nuevos con tanta incomodidad y pobreza, que sus casas son chozas de paja y el sustento, cuando más regalado, una poca de vaca salada y el pan ordinariamente del trigo de Indias, que se llama maíz, partiendo con los pobres indios estos fervorosos varones la limosna que el Rey N. S. les da, y gastando lo más de ella en el sustento y vestidos de sus feligreses. En estas misiones, desde un pueblo llamado Serocavi, ha hecho varias salidas a pie por breñas y cuevas el P. Juan María Salvatierra, y atraído de los picachos y barrancos a muchos gentiles Batopilas, bautizándolos y reduciéndolos a poblado, dando por bien empleados sus trabajos en este glorioso empleo, como es quitarle al demonio tantas almas que tenía embrutecidas en la aspereza de los picos y barrancos. Esta misma empresa persigue actualmentel el Padre José de Pallares que pasó a Méjico el año pasado de 1687.

»La nación de los Taraumares es dividida en dos categorías. La una es de los antiguos Taraumares, que habitan en los contornos del Parral y han permanecido quietos y en cristiandad desde que los redujeron nuestros primeros misioneros. La otra es de los Taraumares nuevos, nación muy numerosa y extendida en unos llanos casi interminables, que se hallan a un lado de Cinaloa y Sonora, entre el Norte y Oriente. Llámense nuevos, porque

los de esta parte eran todos o apóstatas o gentiles, hasta el año pasado de 1674 y 75 en que entraron a aquella nación los Padres Tomás de Guadalajara y José Tardá y bautizando muchos millares de almas, recogieron en pueblos toda aquella nación, dejando asentadas en ellas trece misiones con otros tantos Padres. Aquí se ejercitan apostólicamente los trece misioneros de la Compañía. Sus casas son chozas de paja, su alimento el maíz, tomándolo muchas veces cocido solamente en grano, por no haber conveniencia de hacer el pan usual, que se suele de dicho maíz. Si alcanzan en ocasiones algún poco de vaca salada, es con el producto de pastoreo y recoger personalmente cuatro o cinco vaquillas, no pudiéndose valer para esto de sus indios feligreses, por no estar todavía en la debida obediencia.

»Y porque dichos Taraumares nuevos son de ánimo altivo, amigos de la libertad y siempre resistentes a la sujeción, padecen aquellos edificativos Padres continuas mortificaciones y muy frecuentes peligros de la vida. El más declarado fué el del año pasado de 1690, en que deseosos estos Taraumares de su antigua libertad, acordándose de sus embriagueces y vicios, trataron de sublevarse y sacudir el yugo de la ley evangélica y volverse a sus costumbres gentilicas. Para esto tuvieron tratos secretos con los Conchos y otros de los alzados de Nuevo Méjico sus vecinos, y iba cundiendo la conspiración por todos los indios Cinaloas y Sonoras con gran secreto. Donde prorrumpió fué en el pueblo de Nahuarachic, cabeza de una de las misiones de estos nuevos Taraumares. Allí estaba a la sazón el P. Diego Ortiz Foronda, a quien cupo la dichosa suerte de morir. Los otros Padres misioneros de Taraumares, estando en la instancia del mismo peligro fueron socorridos de pocos españoles que de sus haciendas convocó el rumor de la conjuración, y por diligencia de éstos se juntaron en un pueblo llamado Papigochic, interin que se recogían los presidios de españoles con el Gobernador de la Nueva Vizcaya para sosegar el alzamiento, castigando a los cabezas. En este estado quedó esta misión el año de 1690, y los Padres con buena esperanza de reducir su grey.

»Más felizmente van procediendo las entradas y nuevas conversiones de los Heris y Pimas. Estos tienen su asiento adelante de Sonora hacia el norte, comenzando desde 32 grados de altura de la región ártica, por la costa que hace a esta parte el mar de California, cuyo estrecho, cuanto más se va extendiendo hacia el

norte por dichas naciones, tanto se va angostando más, de forma que desde donde habían llegado los Padres el dicho año de 90 está tan corto, que desde la playa de esta costa se divisa con toda claridad y distinción las tierras de los californios, y se espera que siguiendo más arriba o se topará continente la California con las tierras de Nueva España (que es lo que se ha deseado saber y no se ha podido averiguar) o llegará a estar tan breve la estrechez, que con embarcaciones pequeñas en pocas horas se pueda ir desde Sonora a California, dando paso al Evangelio sin las costas y dificultades que se experimentaron en la entrada del año pasado de 1683 y obligaron a dejar aquella empresa.

A estas naciones de Heris y Pimas, adonde no habían alcanzado con predicación y conquista los españoles, entraron el año pasado de 1689 los PP. Eusebio Francisco Kino, Antonio de Arias, Juan de Castillejo y Pedro de Sandoval. Toda la gente que han hallado es mansa de costumbres, templada y sin los vicios y embriagueces que había en las otras de Cinaloa y Sonora, y sobre todo, deseosos de recibir el bautismo y santo Evangelio, movidos con las noticias y ejemplos de sus vecinos Sonoras. Con esto son sinnúmero las almas que han bautizado en este poco tiempo, y se espera más copiosa cosecha. Para éstas y para las de las naciones de los Taraumares, nuevos Chinipas y demás misiones en que al presente están ocupados noventa de la Compañía, pide la provincia de Méjico el subsidio de sujetos de Europa, poniendo delante de los ojos de tan fervorosos Padres y religiosos de apostólico celo tantas almas que pueden ganarse para Dios» (1).

Noventa jesuitas diseminados en un territorio de trescientas cincuenta leguas de largo y cuarenta o cincuenta de ancho, expuestos a las flechas de numerosos bárbaros y obligados a pasar la vida con el ruin sustento de los indios; he aquí un cuadro poco

(1) Roma, Arch. di Stato, *Gesù, Collegia*, 93. El pliego impreso lleva este título: *Breve noticia de las misiones de la Compañía de Jesús de la América septentrional, que están a cargo de la provincia de Méjico y del estado que al presente tienen; para las cuales este presente año de 1691 ha concedido Su Majestad de nuestro Católico Rey Carlos II sesenta sujetos, que se puedan llevar de las provincias de su Real Corona y de las del Imperio. Dirígela a los RR. Padres de las provincias de Europa el P. Juan de Estrada, Procurador a Roma por dicha provincia de Méjico.*

atractivo para las vanidades del mundo, pero muy edificante para los que entienden el precio de las almas redimidas por Jesucristo y conocen las tribulaciones que suelen acompañar al ministerio apostólico.

5. En los años siguientes desde 1691 hasta 1705, estas misiones septentrionales recibieron dos grandes expansiones, una al norte de la provincia de Sonora por los esfuerzos del P. Kino, y otra mediante la cristiandad de California, fundada por el Padre Salvatierra. Ambos Padres se comunicaron mutuamente sus pensamientos cuando los años 1690 y 91 recorrían las cristiandades empezadas entre los Pimas. Proyectando la futura expedición a California, recomendó el P. Salvatierra a su compañero, que procurase construir un barco en que se pudiesen trasladar provisiones desde Cinaloa y Sonora a la opuesta ribera de California. A principios de 1694 empezó a poner en práctica el Padre Kino esta obra, y entretanto ejecutó varios viajes por uno y otro lado, para explorar mejor el territorio de los Pimas y la costa del mar de California. Fué muy importante la jornada que hizo en compañía del P. Agustín Campos y del Capitán Juan Mateo Mange por Febrero de 1694 hacia la costa del mar de California. Pudo entonces descubrir con mucha más precisión las regiones de todo aquel lado, y por su parte el capitán redactó un diario manuscrito de lo que iban observando en su viaje. El P. Alegre traslada una observación capital que hicieron el 14 de Febrero. La pondremos también nosotros, porque no deja de contener algún interés geográfico para los modernos lectores:

«En 14 de Febrero de 1694, dice el capitán Mange, subimos al cerro del Nazareno, de donde vimos el brazo de mar de California, y a otra banda cuatro cerros de un territorio, que llamamos los cuatro Evangelistas y una isla al noroeste con tres cerros de las tres Marias, y al suroeste la isla de los Seris, que llamamos de San Agustín y otra del Tiburón. El 15, caminando doce leguas al poniente, llegamos a la orilla del mar, donde en sesenta años que ha que se pobló la Sonora, ninguno había llegado. Vimos con más distinción los cerros del día antecedente a otra banda del mar, cuya anchura, según las medidas instrumentales, será en esta altura de 30 grados, como de veinte leguas. Se hicieron en esta jornada como veinticinco bautismos entre enfermos de peligro y párvulos, por la firme esperanza que se tenía de

reducir a pueblos aquella inmensa gentilidad y atraerla a la gracia de la Iglesia» (1).

Vuelto el P. Kino de esta jornada empezó a trabajar con calor en la construcción del barco; pero los superiores de la misión le advirtieron que interrumpiese aquella obra, pues entonces la debieron juzgar inútil. Obedeció el misionero, y en lo restante del año hizo otras correrías, entre las cuales fué la principal una en que se dirigió al norte por el mes de Setiembre. Llegó a andar más de cien leguas, puso el pie en las orillas del río Gila y celebró en un edificio de los antiguos indios el santo sacrificio de la misa. Habiendo observado que por una y otra parte aparecían tribus bastante considerables de indígenas, se esforzó en atraerlos con algunos donecillos y en ganarles la voluntad, para cuando después volviera a establecer misión fija en aquellas partes.

«En menos de un año, dice el P. Alegre, hizo este infatigable jesuita cuatro penosísimos y dilatadísimos viajes, caminando en todos más de cuatrocientas leguas por arenales, por desiertos grandísimos y poblados sólo de bárbaros salvajes, sin otro interés ni designio que el de propagar la religión y el culto de Dios, cuyo celo le consumía» (2).

Más afflictivo fué para el insigne misionero el año siguiente de 1695. De tiempo en tiempo hacían invasiones violentas los indios gentiles llamados Janos en las regiones orientales de los Tarmaures y de la Pimeria. Creyeron los capitanes españoles que los indios pimas eran los principales instigadores de aquellos movimientos, o por lo menos cómplices de los agresores. El Teniente Antonio de Solís, hombre de genio altivo y precipitado, dirigióse al pueblo cristiano de Tubutama y cogiendo algunos Pimas, que el creyó culpados, les condenó a muerte. Esto excitó un motín considerable, que no sin trabajo se pudo sosegar. Poco después otro español llegado a aquellas cristiandades para enseñar la agricultura a los indios y a cuyo lado trabajaban tres indios opatas de la Sonora, empezó a maltratar sin motivo a los pobres neófitos. En cierta ocasión uno de los Opatas hirió malamente a uno de los Pimas. Los parientes del ofendido tomaron las armas y acribillaron de flechas al agresor. Enardecidos con este suceso, amotináronse otros muchos pimas, y vinieron de

(1) Alegre, t. III, p. 82.

(2) *Ibid.*, p. 84.

golpe al pueblo llamado Concepción, donde esperaron acabar con el español y los otros dos opatas. No tropezaron con ellos, pero en cambio el día 2 de Abril de 1695 llegaron a la casilla donde vivía el P. Francisco Javier Saeta, joven jesuita siciliano, que empezaba por entonces su carrera de misionero. El humilde Padre procuró ablandar los ánimos con dulces palabras, pero la ferocidad de los indios no escuchó razón ninguna. Disparáronle numerosas flechas, y el Padre abrazado con un crucifijo cayó muerto a la puerta de su casita (1).

Apenas la autoridad española supo este atentado, mandó al teniente Solís que le vengase cumplidamente. Este hombre aturdido entró en las cristiandades de Tubutama y Uguitoa, reunió como a unos cincuenta pimas, muchos de los cuales eran del todo inocentes, y confundiendo a justos con pecadores, les condenó a todos a muerte. Hecha esta hazaña, envió pomposo informe a Méjico sobre lo que él juzgaba insigne victoria. Atravesado de dolor quedó el P. Kino, viendo la enredada complicación que en aquel país se había suscitado. Procuró dar todas las explicaciones posibles a los capitanes españoles, para persuadirles de la inocencia general de los pimas. Si habían cometido algún desafuero, era esto muy explicable, por los malos tratamientos que ellos habían recibido. Por otro lado se esforzó del mejor modo que pudo en aplacar los ánimos de los indios, y poco a poco los fué reduciendo al estado de paz.

Vino a saber los pésimos informes que el teniente Solís y otros españoles habían enviado a Méjico. Temiendo no sin motivo, que ellos podrían causar en lo futuro la ruina de aquella misión, juzgó necesario acudir en persona a la capital de Nueva España, y en efecto allí se presentó por Enero de 1696. Por de pronto habló detenidamente con el P. Provincial, después se comunicó con el Sr. Virrey, Conde de Galve, y por último presentó sus explicaciones a las personas principales de la Audiencia y de la capital. Indicó la gran culpa que tenían algunos capitanes españoles en todos aquellos motines, y por último obtuvo que se inclinaran los ánimos de todos a fomentar la misión de los Pimas y a reforzar el número de sus misioneros. Con este buen despacho volvió el P. Kino a su misión, llevando consigo al P. Gaspar Varillas.

Dentro de poco tuvo ocasión de demostrar a los españoles el

(1) Alegre, t. III, p. 58.

ánimo sano y bien dispuesto de sus neófitos, pues habiéndoles juntado, los ofreció al capitán español que había de ir a atacar a los infieles Janos. Entonces se vió, dice el P. Kino, que la Pimeria, «no sólo no es mala, como algunos siniestramente han condenado y informado diez años ha, sino que es tan fina y amante nuestra y de nuestra santa fe, que con dos golpes que en 15 de Setiembre y 26 de Octubre de este presente año de 1697 ha dado a nuestros enemigos los Janos, quedan como esperamos en el Señor con la deseada paz y quietud, y libres de sus tan molestos enemigos toda esta provincia de Sonora y sus confines» (1).

Brilló la paz en aquellas tierras. Los jesuitas a fuerza de paciencia procuraban instruir y suavizar a los indios Pimas ya reducidos. Entretanto el P. Kino hacía de vez en cuando sus excursiones hacia el Norte, para reconocer aquellas regiones todavía casi inexploradas. En el año de 1698; entre los meses de Setiembre y Octubre anduvo cerca de trescientas leguas en compañía del capitán Carrasco y se conserva en el archivo de Indias el breve diario que este oficial redactó de aquella costosa expedición (2).

Más importante fué la correría ejecutada por nuestro misionero en los meses de Setiembre y Octubre del año 1700. La referiremos con las palabras del P. Venegas: «Salió el P. Kino de su misión de Dolores el 24 de Setiembre de 1700, y visitando los pueblos de los Remedios y San Simón y Judas, llegó a San Ambrosio del Busanik y Tucuvavia y Santa Eulalia, deteniéndose antes con trescientos indios, que ofrecieron agregarse a Busanik luego que tuviesen misionero. A seis leguas salieron cuarenta indios de la Cinaloa y a otras seis halló y visitó el pueblo de la Merced. Veinte leguas más adelante visitó el pueblo de San Jerónimo y otras cuatro rancherías. A cinco leguas halló un aguaje, a otras doce otro y caminando otras diez leguas llegó al río Gila.

Corre este río de Oriente a Poniente en más de 34 grados de altura, saliendo de la tierra de los apaches. Recibe las aguas del río Azul y entra después con ellas en el famoso río Colorado. Siguió el P. la corriente del río por cincuenta leguas acompañado de Pimas, Opas y Cocomaricopas. Después de visitar muchas ran-

(1) Roma, Archivo di Stato, *Gesù, Collegia*, 93. Carta del P. Kino al Padre General, Tirso González.

(2) Archivo de Indias, 67-3-28.

cherías de estas naciones, llegó a los Yumas, que pueblan las últimas riberas del Gila, antes de entrar en el Colorado, y las que suben por el lado de Oriente de este gran río. En este paraje subió a un cerro empinado, desde el cual no pudo divisar el mar sino sólo tierra por todos lados, hasta donde alcanzaba la vista ayudada de un buen anteojo. Desde allí alcanzó a ver aquel ángulo de tierra en que el río Gila entra en el Colorado, cerca del cual le dijeron habitaban cuatro naciones llamadas Quimas, Bagopas, Hoabonomas y Cuguanes. Animóse a llegar a la región de los dos ríos instado de los Yumas. Pasó el Gila caudaloso ya en aquel paraje, y dividido en tres brazos y a diez o doce leguas halló un paraje en el ángulo que forman en su junta los dos ríos, que llamó San Dionisio, en altura de casi 35 grados. Aquí se juntaron a verlé más de mil y quinientas personas que preguntadas dijeron no había mar cerca de sus tierras, siendo muchas de ellas de la ribera occidental del Colorado que pasaron a nado.

Rogáronle que pasase él también a sus tierras, pero no se atrevió el Padre por la escasez de abastecimientos, por el cansancio, enfermedades y descontentos de su comitiva de indios Pimas. Así, después de acariciarles y regalarles, volvió desde allí hasta llegar al pueblo de su primera observación del terreno. Subió en él a otro cerro más alto y desde allí registró con anteojo las montañas de la California y vió que juntos los dos ríos de San Dionisio, corría el Colorado diez leguas entre Sur y Poniente y luego otras veinte desde el Sur hasta dar sus aguas en el seno de la California en su última extremidad. Continuó su viaje por Calorea, por nuevo rumbo y a últimos de Octubre entró en su misión de Dolores, después de una jornada de casi cuatrocientas leguas. Quedó el P. Kino convencido de que estaba la California unida al continente de América, sin mediar otra cosa que el gran río Colorado. Así lo publicó por entonces y el Gobernador de las armas de Sonora les dió las gracias a nombre del Rey, por tan importante descubrimiento, haciéndolo lo mismo por su parte los superiores de la Compañía» (1). De este modo se entendió la situación de California y dejó de llamarse isla este largo y estrecho territorio tendido paralelamente al continente Mejicano.

En los años siguientes hasta 1705 repitió algunos viajes el P. Kino. En uno de ellos le acompañó algún tiempo el P. Salva-

(1) *Noticia de la California*, t. II, p. 94.